

CRISIS DE LA RELIGIOSIDAD TRADICIONAL FRENTE A LA MODERNIDAD ENTRE LOS SIGLOS XIX-XX: EL EJEMPLO DE LA DIÓCESIS DE CALAHORRA Y LA CALZADA

Sergio Cañas Díez*

* Instituto de Estudios Riojanos, España. E-mail: sergio.canas@unirioja.es

Recibido: 28 marzo 2017 /Revisado: 15 abril 2017 /Aceptado: 17 mayo 2017 /Publicado: 15 junio 2017

Resumen: Dentro del debate entre tradición y modernidad en época contemporánea, la historia de la Iglesia española es un importante bastión desde el que podemos acercarnos a su planteamiento y comprensión. Sobre todo si nos fijamos en el paso del siglo XIX al siglo XX, ya que marcó el inicio de una crisis religiosa palpable en el territorio de La Rioja y en sus moradores. Una crisis vinculada con la religiosidad popular tradicional que alcanzó su apogeo decenios más tarde del mismo modo que tuvo sus orígenes en las décadas anteriores. Un hecho que se hizo evidente para los propios eclesiásticos y al que se trató de dar respuesta desde el seno del catolicismo, y que en este artículo explicaremos y analizaremos para darlo a conocer y extraer una serie de conclusiones válidas que desde este caso diocesano animen a la reflexión nacional y continental sobre los mismos actores históricos.

Palabras clave: Crisis, Iglesia católica, sociedad, tradición, modernidad.

Abstract: Within the debate between tradition and modernity in contemporary times, the history of the Spanish Church is an important bastion from which we can approach its approach and understanding. Especially if we look at the passage from the nineteenth century to the twentieth century, since it marked the beginning of a religious crisis palpable in the territory of La Rioja and its residents.

A crisis linked to the traditional popular religiosity that reached its apogee decades later in the same way that had its origins in the previous decades. A fact that became evident for the ecclesiastics themselves and those who tried to give an answer from the heart of Catholicism, and in this article we will explain and analyze to make known and extract a series of valid conclusions that from this diocesan case encourage The national and continental reflection on the same historical actors.

Keywords: Crisis, Catholic Church, society, tradition, modernity.

“En relación con otras regiones españolas, no está, por la misericordia del señor, tan corrompidas la moral de mis diocesanos. (...) Considerándolo absolutamente demasiado poco se gasta el antiguo fervor. En esos pueblos entre las montañas siguen siendo fieles a la fe original, a la frecuencia de los sacramentos, a honrar a los párrocos y al respeto y veneración de las leyes de la Iglesia. Pero en las ciudades más pobladas no sé cuál es su posición en relación con los diversos tipos de los elementos de destrucción y ruina espiritual que acumulan, por así decirlo, periódicos, teatros, cafés, círculos políticos y lógicas masónicas.¹”

¹ Archivo Secreto Vaticano (ASV). Congr. Concilio. Relat. Dioec. sig. 167 b, pp. 268-269. Carta firmada

INTRODUCCIÓN

A partir de la implantación del liberalismo en España acaecida durante el siglo XIX y los cambios socioeconómicos que este cambio en la historia trajo consigo, un clima de laicismo y de anticlericalismo comenzó a apoderarse de grandes capas de población que tradicionalmente había gozado de una fuerte salud religiosa, manifestada en las prácticas tradicionales, durante siglos y decenios anteriores². Localizando nuestro análisis en el territorio de la diócesis de Calahorra y La Calzada a partir de la segunda mitad del siglo XIX, una época posterior a varios conflictos militares e inmediatamente precedente a los momentos en que comenzaba a implantarse de un modo evidente el proceso industrializador en el territorio estudiado, vemos signos innegables del inicio “de un proceso regresivo” del catolicismo tradicional que no escapó de la crítica de la Iglesia diocesana de esa época ni de la mirada de la historiografía riojana especializada en temas eclesiales³.

por el obispo de Calahorra y La Calzada en Calahorra el día 8 de diciembre de 1889.

² Los reportes que desde el obispado llegaban al Vaticano desde finales del siglo XVIII hasta 1833 al menos así lo expresan. Por ejemplo, en los tiempos inmediatamente posteriores a la Revolución Francesa se explicaba al Papa que las costumbres del pueblo eran buenas, la fidelidad a Dios floreciente, la vigencia de la religión católica, ardiente y celosa, incluso “contra gallorum impíos conatus ac sacrilegos insultus”, que en la diócesis se combatían con pronto ánimo al modo de unos macabeos modernos. Cf. ASV. Congr. Concilio. Relat. Dioec. sig. 167 b, p. 55. Carta firmada por el obispo en Logroño a 18 de diciembre de 1794.

³ SÁINZ RIPA, E. “La religiosidad en La Rioja durante el siglo XIX”, *Berceo*, 83, 1972, pp. 159-184. Por otro lado, a medida que vayamos acercándonos a la mitad de la centuria, y teniendo en cuenta el caudal de conflictos militares externos e internos que afectaron a la diócesis en apenas 30 años, los obispos avisan de cómo tienen que esforzarse por exhortar al pueblo a que cumplan con los sacramentos, sean devotos y observen la fe, puesto que “los tiempos calamitosos no son suficiente excusa para que un católico no deba observar con exactitud los preceptos de las Iglesias”. Cf. ASV. Congr. Concilio. Relat. Dioec. sig. 167 b, p. 129. Relación hecha en el Vaticano del informe enviado por el obispo desde Vitoria a 26 de julio de 1846.

Por ello nos preguntamos en este artículo si los signos de la crisis religiosa, en el sentido de la religiosidad tradicional más identificada con el absolutismo, que hemos detectado en nuestro marco geográfico de estudio a lo largo del periodo investigado y que puede ser susceptible de comprobarse a nivel nacional, responden únicamente a un aspecto puramente formal. Entendiéndolo así como un efecto del liberalismo político a medida que esta ideología fue ampliando y profundizando sus contenidos religiosos en el constitucionalismo español. ¿O tal vez haya que poner más atención a los contenidos funcionales más relacionados con el cambio socioeconómico que el modelo de producción capitalista trajo consigo?⁴. Todo ello sin olvidar o minusvalorar el aspecto militar ya que en las guerras vividas en la España del siglo XIX, donde la religión fue una punta de lanza para durante la invasión napoleónica del mismo modo que en las guerras carlistas. Recordemos a este respecto que un obispo de la diócesis calagurritana fue exiliado después de ser acusado por apoyos al legitimismo monárquico contrario a Isabel II⁵.

Para analizar y entender esta problemática de cara a responder a esas dudas iniciales, debemos prestar atención a todas estas coordenadas metodológicas y casuísticas para saber de qué modo influyen en nuestro presupuesto teórico. Conocemos *grosso modo* el punto de llegada, pero queremos recorrer y explicar el camino para conocerlo y poder concretar la meta mejor. Pues de otro modo, ignorando alguna parte de estas cuestiones, total o parcialmente, no acabaremos de entender el pro-

⁴ Del periodo que va desde 1788 hasta 1840 me he ocupado en mi tesis doctoral, donde demostré que “la religión fue una pieza clave a la hora de explicar la crisis del Antiguo Régimen como la implantación del liberalismo” y cómo se desarrolló “la búsqueda del liberalismo español por hacer una religión nacional del catolicismo aunque reformándolo y ajustándolo al nuevo régimen para quitarle su vieja pátina antiguorregimental”. Vid. CAÑAS DÍEZ, S., *Crisis del Antiguo Régimen y liberalismo en Calahorra (La Rioja) 1788-1840*, Logroño, Universidad de La Rioja, 2016, p. 784. Del cambio socioeconómico vivido a partir de la mitad del siglo XIX me he ocupado en: SAN FELIPE ADÁN, M. A., y CAÑAS DÍEZ, S., *Historia de la industria de conservas vegetales: Calahorra (La Rioja) 1852-2014*, Logroño, IER, 2015.

⁵ Vid. CAÑAS DÍEZ, S., *Crisis...*, p. 742.

blema histórico en toda su extensión. No pretendemos derivar el estudio hacia una interpretación certera pero reduccionista del asunto: la Iglesia representó la tradición frente al liberalismo y otras ideologías posteriores que hacían lo propio con la modernidad. Dicho de otro modo, queremos saber hasta qué punto la religiosidad tradicional fue un lastre para que se alcanzase la modernidad o, por otro lado, contribuyó a que se alcanzase del modo en que se hizo. A la luz de los documentos investigados no podemos reducir unidireccionalmente el planteamiento en un esquematismo apriorístico y maniqueo: la religión fue un lastre para la modernidad. Una idea positiva para el conocimiento, pero que por sí misma no es capaz de explicar el total de la problemática histórica. Lejos de querer presentar como simple un hecho tan complejo como el que nos ocupa, a medida que se desarrolle y se explique la investigación estaremos en condiciones de concretar más las conclusiones que cabe destacar y analizar para entender esta propuesta.

No obstante, no debemos perder la perspectiva para intentar dar respuestas o crear y actualizar nuevas preguntas en el debate teórico entre la tradición y la modernidad dentro de la Iglesia española contemporánea, por cuanto este estudio regional contribuye a conocer de un lado la situación propia al tiempo en que contribuye al análisis general de la Iglesia nacional. Si la crisis religiosa del catolicismo, por cuanto era el credo mayoritario y cuasi único en el territorio diocesano⁶, puede entenderse partiendo del

⁶ Aunque la tímida presencia de otro tipo de religión en la diócesis riojana tal vez merecería un estudio aparte, lo cierto es que con muy pocos los testimonios que hemos encontrado como para tenerlos en cuenta en este artículo. Pese a ello cabe destacar la presencia del protestantismo cristiano a nivel local en algunos episodios infructuosos, donde la férrea respuesta de las autoridades religiosas católicas defendieron radicalmente el monopolio que disfrutaban desde siglos atrás y en el que la presencia constante de propaganda católica –oral y escrita– contra ese credo tuvo un papel decisivo. Es significativo el caso de Pradejón, Logroño –con tres miembros en 1891– y Calahorra, si bien solo tenemos constancia de que más allá de casos individuales producidos por emigrantes y personas venidas de fuera de la población, únicamente en el primer caso conocemos de la existencia de una comunidad protestante adscrita a la Escuela Evangélica desde 1881,

planteamiento clásico que otorga a la Iglesia el rol de tradición sociocultural y presenta a los nuevos movimientos políticos y económicos de las mismas fechas como elementos básicos de la modernidad, la respuesta parece sencilla. Ahora bien, tras analizar los diversos factores que contribuyeron a la pérdida de influencia religiosa en buena parte de la sociedad, estudiar y documentar cómo se manifestó esa crisis religiosa y cuáles fueron sus principales rasgos, que en última instancia son las preguntas a las que trataremos de dar respuesta sin perder la perspectiva general de tratar de entender hasta qué punto esta pérdida de religiosidad fue formal y funcional, pensamos que la propia complejidad del proceso y la prolongación de su duración hasta nuestros días, hacen necesario ciertos matices para su estudio historiográfico y su mejor entendimiento libres de prejuicios actuales o pasados.

1. EL TERRITORIO DIOCESANO ANTES Y DESPUÉS DE 1851

La que hasta la firma del Concordato con la Santa Sede de 1851 había sido una de las diócesis más viejas y extensas del reino de España, de unos 14.500 km², comprendiendo todas las Iglesias de la actual Comunidad Autónoma de La Rioja, buena parte de las del País Vasco, y porciones de las de Navarra, Soria y Burgos, se vio reducida prácticamente al territorio riojano que conforma en la actualidad la Comunidad

lo cual era visto con respeto por el resto de la población –si bien la prensa oficial diocesana lo tachaba de indiferencia– salvo los casos de los párrocos locales, y donde en 1888 una vecina quiso, infructuosamente, discutir públicamente con un grupo de misioneros acerca de materia religiosa portando La Biblia de cara a poder defender sus postulados. Siendo una comunidad *grosso modo* estable de unos 40 miembros entre la última década del siglo XIX y la primera del XX, de un total de 2.500 vecinos, redondeando las cifras de población real, no parece una causa de pérdida de fe en el catolicismo. Por otro lado, no parece que restasen elementos al catolicismo: quienes abandonaban la Iglesia lo hacían en búsqueda de otras vías distintas ya fueran reformistas, laicas, revolucionarias o anticlericales. Vid. Boletín Eclesiástico del Obispado de Calahorra y La Calzada (BEOC), 25 de abril de 1888, p. 71, y GÓMEZ URDÁÑEZ, J. L., “Historia de una disidencia, los protestantes de Pradejón”, en GÓMEZ URDÁÑEZ, J. L. (dir.), *Pradejón Histórico*, pp. 136- 156.

Autónoma de La Rioja. Así, de las 693 parroquias, diseminadas en 937 pueblos, una población de 244.700 habitantes y unas rentas que casi ascendían a los 266.000 reales, antes de 1851, pasaron a partir de la desmembración a controlar la salud religiosa de núcleos urbanos que apenas pasaban de los 12.000 habitantes. Y eso en el caso de la capital provincial, Logroño, ya que el resto de las siete ciudades basculaban irregularmente entre los 2.000-6.000 moradores no llegando hasta los 10.000 vecinos en el caso de Calahorra hasta el siglo XX. Así, desde la mitad del siglo XIX la mayor parte de las 353 parroquias contraladas por el obispo tras 1851 eran rurales, y por ende las rentas percibidas notablemente menores en atención a la menor población administrada⁷.

La situación desde los inicios del siglo XIX hasta este acuerdo bilateral entre la Iglesia romana y la España de Isabel II, parecía bastante buena en lo relativo a la religiosidad popular si tenemos en cuenta los vaivenes que al conjunto de la sociedad habían producido los conflictos militares externos e internos que había sufrido el territorio. Así como la diócesis se había visto privada de su cabeza tras la invasión napoleónica, teniendo que huir el obispo Aguiriano de sus territorios en busca de auxilio, y el enfrentamiento entre las autoridades liberales y la Iglesia había sido notable, parecía que el definitivo asentamiento de Fernando VII en el trono y el papel del obispo Puyal, a la sazón sucesor de Aguiriano, había logrado revitalizar la salud religiosa⁸. Así nos lo presenta el testimonio del propio obispo y el posterior informe hecho por Francesco Marcelli en el Consejo Vaticano cuando habla de la “verdadera consolación” que siente tras conocer el testimonio del obispo de Calahorra y La Calzada sobre la situación de su diócesis, cuando éste le habla de la adhesión de la que goza por parte de su clero y la gratificación que la clausura y las órdenes regulares causan en el pueblo. “Pero si algo realmente

consuela es la relación que da monseñor del pueblo diocesano”, por ser “generalmente respetuoso de la religión católica y practicantes”, no tener “ningún error en materia religiosa”, mantener “costumbres probas y moderadas así como inclinadas, naturalmente, a la piedad y a la enmienda de cualquier aspecto que haya que corregir”. Se refiere concretamente a ciertos “abusos que se introdujeron como resultado de las vivencias pasadas y de la horrible guerra”, que han sido superados “por medio de la palabra del obispo y de las misiones que ha mandado hacer en cada ciudad, tierra y plaza”, las cuales producen “al instante los deseados efectos de la divina misericordia”. En definitiva, el obispo se había comprometido “hacer revivir el culto público y la veneración a las cosas sagradas”, y tuvo éxito. Nada nos indica que hasta aquí podamos notar atisbo de crisis religiosa a pesar de haber incidido una primera oleada de modernidad política, social y cultural⁹. Si bien se habían iniciado una serie de problemas relacionados con la incidencia de la política liberal española, todo parecía volver a su cauce en los parámetros que estamos manejando en nuestra investigación, pues no hallamos indicios acerca de que el gobierno diocesano señale problemas de religiosidad entre la población. Antes al contrario, si estudiamos los textos escritos por el obispo de esta época inferimos que cuenta con la fe y la fidelidad del pueblo al tiempo que trata de operar en la vida urbana de la diócesis motivando su oración. El gran fervor es constante y no hay ningún indicio de falta de práctica católica¹⁰.

La población riojana de esta época se dedicaba al sector primario, agricultura y ganadería en su mayor parte, escaseando la industria y el comercio, todo lo cual refleja un panorama de bajo nivel de vida y bajo nivel cultural, que la Iglesia trataba de remediar mediante la educación religiosa del pueblo y la renovación de los monasterios, perjudicados por las guerras y las medidas liberales en materia religiosa. Disminuyendo el número de órdenes religiosas regulares y el número de monasterios por obra y

⁷ Los datos pueden comprobarse en: MELLADO, F. *Guía del viajero de España*, Madrid, 1862, p. 111, y BUJANDA, F., *La diócesis de Calahorra*, Logroño, 1944, pp. 7-8. Si bien esta obra es anónima, fue este antiguo archivero de la catedral quien conservó y puso a disposición de los investigadores el ejemplar.

⁸ Vid. CAÑAS, S. “Entre la espada y la pared: la guerra de la Independencia en Calahorra (1808-1814)”, *Kalakorikos*, 13, 2008, pp. 9-70.

⁹ Cf. ASV, Congr. Concilio. Relat. Dioec. sig. 167 b, p. 80. Roma, 3 de julio de 1820.

¹⁰ Cf. ASV, Congr. Concilio. Relat. Dioec. sig. 167 b, p. 80. Carta del obispo Ignacio Rives, Calahorra, 27 de noviembre de 1831.

gracia de las desamortizaciones, sí que podemos empezar a notar el inicio de la pérdida de fe por parte de la población, si bien, las preocupaciones de los siguientes obispos estaban más en el cambio legislativo-administrativo de aquella España que en la población. Lo cual parece que inició la pérdida del control mental del pueblo diocesano siguiendo las coordenadas en las que no nos movemos¹¹. Mucho más a partir de la revolución de 1868, puesto que la pérdida de poder económico por parte de la Iglesia parece ser el principal causante de la disminución de la fe. Sustentamos estas afirmaciones en el hecho constatable de que apenas se dedique espacio en los distintos informes diocesanos enviados al Vaticano entre 1847-1870, para tratar temas que tengan el comportamiento y la moral social como elemento de análisis y juicio¹².

La prensa oficial del obispado tampoco daba visos en 1876 de estar frente a la situación de crisis que se denunció en los decenios posteriores. Un panorama calamitoso desde el punto de vista de la jerarquía católica que presentaremos a continuación, y que tuvo en el siglo XX su auge. Incluso se hablaba de que en “nuestra amada diócesis, a pesar de los malos tiempos que venimos atravesando, sigue con razón mereciendo el título de religiosísima y muy piadosa (...). Hemos hallado que apenas se conoce haber pasado la revolución por esos pueblos cuyas costumbres en general son morigeradas”¹³.

2. MODERNIDAD BURGUESA-CAPITALISTA Y SUS EFECTOS NOCIVOS EN LA DOCTRINA CATÓLICA TRADICIONAL

La economía liberal jugó un destacado papel como agente de cambio mental y de las costumbres sociales, pues a medida que la industria fue tomando impulso, muy localizada en los principales y escasos centros urbanos riojanos, sí que comenzó a notarse en las ciudades un auge de publicaciones de todo tipo, muchas de las cuales destacaban por su claro matiz liberal y obrerista, representando una novedad con respecto a la situación anterior de inicios de la

centuria. También la Iglesia comenzó a publicar prensa que contrarrestase ese impulso laico o anticlerical. Estos elementos junto a la proliferación del urbanismo capitalista y de la idea de civilización burguesa, más visible en los escasos núcleos de población importantes que en la mayoría de núcleos rurales, sí que eran motivo de preocupación para el clero diocesano. Si nos atenemos a la cronología que la documentación ofrece y a la visión de la élite clerical diocesana, parece que desde 1868 hasta final de nuestro periodo de estudio, el siglo XX, el que había sido un sólido edificio se resquebrajaba a pasos agigantados: la moral católica estaba en franco detrimento, la audacia de las publicaciones que escapaban del control y del gusto católico iban en aumento, la blasfemia, las profanaciones de las fiestas, celebraciones y sacramentos religiosos era ya un hecho ineludible. Todo ello habían producido en España, según los textos del obispado, “las revoluciones y los tumultos” del siglo que habían desarmado y hacían evadirse a “las viejas tradiciones”, y hacían indispensable las misiones, los ejercicios espirituales colectivos así como el trabajo de las asociaciones católicas, que eran las herramientas que junto a la mejor preparación del bajo clero eran tenidas como mejor para “fomentar la piedad y el fervor, (...) cuidar la disciplina (...) y las almas del pueblo”¹⁴. La situación lejos de mejorar, empeoraba a medida que nos acercamos al siglo XX. Así, el obispo informaba en informes posteriores del detrimento en que caía la moral pública y el aumento de las faltas que había observado anteriormente¹⁵. La crisis religiosa, el objeto de nuestra investigación, ya era un hecho.

A partir de la entrada del obispo Cascajares en la diócesis, y el acomodo de la Iglesia en el contexto histórico de La Restauración, parece que la situación sin ser mejor se estabilizó. Al me-

¹¹ ASV, Congr. Concilio. Relat. Dioec. sig. 167 b, pp. 139-150.

¹² ASV, Congr. Concilio. Relat. Dioec. sig. 167 b, pp. 151-178.

¹³ BEOC, 17 de junio de 1876.

¹⁴ ASV, Congr. Concilio. Relat. Dioec. sig. 167 b. Testimonio del obispo Gabino firmado en Calahorra a 14 de diciembre de 1877. Para esta época, en Calahorra la industria conservera era ya todo un referente provincial, nacional e internacional. Las últimas comillas en: ASV, Congr. Concilio. Relat. Dioec. sig. 167 b, pp. 192-196, están sacadas de la respuesta vaticana al texto mandado por el obispo, dado en Roma a 20 de abril de 1880.

¹⁵ ASV, Congr. Concilio. Relat. Dioec. sig. 167 b, pp. 203-210.

nos, tras el análisis social hecho por este personaje en 1887 se nos dice que las costumbres religiosas del pueblo, sin ser tener parangón con las vistas antes del cambio liberal, no eran depravadas en su totalidad. No obstante se señala que la proliferación de cafés, teatros, logias masónicas, y la falta de respeto a la tradición católica y de sus fiestas, donde el descanso dominical era una pieza clave para asegurar que los trabajadores del campo y de la industria asistían a la función religiosa, producen “horribles blasfemias acristianas”¹⁶. Más aún, la proliferación de textos contrarios al dogma católico, la relajación de las costumbres en clave liberal y laica, y la dificultad de convencer a quienes mantenían esas actitudes novedosas parece ser el eje del discurso para esta parte final de la centuria decimonónica. Los matrimonios civiles, el entierro no católico, la vida en pareja fuera del matrimonio... Eran entre otros, los mayores escándalos por los que Satanás penetraba en el alma del pueblo al decir del obispo¹⁷.

Para entender este punto debemos saber que más allá de la prensa liberal, también el sindicalismo de clase se había ido consolidando en la ciudad merced a la implantación de esas novedades económicas, y a modo de defensa de la tradición religiosa desde finales del siglo XIX fueron surgiendo en toda La Rioja diferentes asociaciones de carácter benéfico y confesional en los que el apoyo material aparecía unido a la ayuda espiritual¹⁸. Como todos sabemos, el origen de lo que podemos denominar el catolicismo social se inspira fundamentalmente en la encíclica de León XIII *Rerum Novarum* promulgada el 15 de mayo de 1891. En ella se combatían las teorías socialistas aunque también el extremismo capitalista y abogaba a la responsabilidad de los católicos para abordar

los problemas sociales, pero sin concretar los procedimientos¹⁹.

Los propagandistas católicos exponían los peligros que podían derivarse del enfrentamiento entre clases sociales que propugnaban los partidarios del colectivismo y, en contraposición a ellos, los dirigentes católicos defendían la paz social entendida como complicidad entre las clases sociales y consideraban ésta como única forma de conseguir el bienestar material. No hay que olvidar que la *Rerum Novarum* niega “que una clase social sea espontáneamente enemiga de la otra, como si la naturaleza hubiera dispuesto a los ricos y a los pobres para combatirse mutuamente en un perfecto duelo”²⁰.

Por otro lado la encíclica combate la aspiración socialista a la igualdad de todos los seres humanos al considerarla como una “vana tentativa que va contra la naturaleza de las cosas”²¹ ya que serán siempre la variedad de talento, habilidad, etc. las que orienten las diferencias entre los seres humanos y, como consecuencia de ello deviene la desigualdad en la posesión de bienes y fortuna, según la encíclica de León XIII. De este modo se mantenía el orden pretendidamente natural de las cosas, algo que implicaba, en sí mismo, la aceptación de la diferencia social y también del orden político establecido. En La Rioja, como en el resto de España, ocurría que en los sindicatos católicos convivían los grandes terratenientes y los pequeños propietarios que tenían graves dificultades para la supervivencia. Sirva de ejemplo en este sentido, como en Logroño tanto el Marqués de San Ni-

¹⁶ ASV, Congr. Concilio. Relat. Dioec. sig. 167 b, pp. 213.

¹⁷ Cf. ASV, Congr. Concilio. Relat. Dioec. sig. 167 b. Carta del obispo Cascajares dada en Calahorra a 1 de diciembre de 1887. La referencia a Satanás es del obispo.

¹⁸ LACALZADA DE MATEO, M. J. *La lucha entre dos modelos de sociedad. Aproximación al comportamiento obrero riojano (1875-1975)*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 1987, pp. 28-29.

¹⁹ Para conocer el planteamiento de la Iglesia riojana ante el problema social, vid. CAÑAS DÍEZ, S., “Iglesia y movimiento obrero en La Rioja (1876-1923)”, *Historia Actual Online*, 35, 2014, pp. 93-112. Id. “Asociacionismo católico-riojano durante la Restauración (1876-1923)”, VV. AA, *Pensar con la historia desde el siglo XXI: actas del XII Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Madrid, UAM, 2015, pp. 2.937-2.955.

²⁰ *Rerum Novarum*, 14, tomado de la cita y la reflexión que sobre la encíclica de León XIII realiza CAMACHO LARAÑA, I. *Doctrina Social de la Iglesia. Una aproximación histórica*, Madrid, Paulinas, 1991, p. 71.

²¹ *Ibidem*.

colás o Vicente Rodríguez Paterna²², y otros concejales y políticos, estaban integrados en estas organizaciones y además se convertían de forma también “natural” en sus dirigentes.

En aplicación de estas doctrinas y con la tutela de las autoridades eclesiásticas, en 1903 se crea en Calahorra – la sede diocesana- el Círculo Católico de Obreros con la finalidad de mejorar moral y materialmente a la clase obrera. Estaba abierto a los obreros de entre 16 y 60 años, que pagasen una cuota anual de seis pesetas. También existían socios protectores que debían abonar al año la cantidad de 18 pesetas, además los empresarios conserveros otorgaron donativos para la instalación del Círculo, entre ellos Ángel Díaz, Pablo Irazábal, Juan García del Moral, Santiago Díaz Gil y Pelayo Díaz Gil, etc., dado el carácter interclasista que tenían los Círculos en toda España. El Círculo fue inaugurado con toda solemnidad en el Teatro Quintiliano, cuyos salones habían sido cedidos a tal efecto por los hermanos conserveros Díaz Gil. Presidían la ceremonia el procurador Jesús de Felipe Urbina, director del Círculo, el gobernador eclesiástico Manuel San Román y el alcalde Pablo Irazábal²³.

Los oradores que participaron en la gala, ninguno de los cuales era trabajador asalariado, coincidieron en sus discursos en señalar el peligro que representaba el socialismo para la clase obrera. La velada, durante la que se oyeron poemas religiosos, acabó con un concierto de doble cuarteto. Posteriormente anunciaron en prensa, de acuerdo con el reglamento del Círculo, que estaban preparando una función religiosa en honor de San José, patrón de los trabajadores. Aquel año se contabilizaron unos 1.300 socios²⁴.

No puede obviarse, como señala Raymond Carr que “los Círculos Obreros, financiados princi-

palmente por los patronos (...) no se convirtieron en sindicatos católicos ni tampoco, como parece ser esperaba su fundador, en una versión moderna del gremio medieval que pudiera servir de base a un Estado Corporativo católico. Degeneraron en sociedades amistosas, en clubs que mantenían a los trabajadores alejados de la influencia perniciosa de la taberna y de los socialistas, en organizaciones caritativas para la clase obrera, más preocupadas por la eliminación de la blasfemia que de mejorar las condiciones de vida de los trabajadores. Ello fue consecuencia de la excesiva participación de los sacerdotes y del peso de los patronos en la organización²⁵”.

La dependencia de la jerarquía católica, generaba una creciente desconfianza entre el proletariado que huía del amarillismo sindical, ya que las llamadas de la Iglesia eran a la resignación, a no subvertir el orden social, a la aceptación de la situación y a la sumisión frente a cualquier tipo de rebelión. Esto indudablemente alejaba a los obreros de la Iglesia que veían en su actitud una complicidad de la jerarquía con los intereses de los patronos y de las clases dominantes²⁶.

Es evidente que entre el Círculo Católico y la Sociedad Obrera son claras y la contraposición de los objetivos alimentaba las del semanario conservador *La Opinión*, que criticaba el recurso a las huelgas por los fines antisociales que podrían derivarse de su utilización como medida de presión y a que pudieran terminar en “violaciones de la propiedad particular y, ataques a las personas, además de poner en peligro las relaciones entre clases”. Aconsejaba la mesura y la moderación para evitar que “nuestros desdichados gobernantes no tienen (tengan) otro medio de represión que el máuser”, en clara referencia al uso de la fuerza²⁷. El semanario conservador criticaba el carácter de sindicato de clase de la Sociedad Obrera por su esencia clasista. Por su parte desde las páginas de *El Compañero*, órgano del Círculo Católico, se

²² Hay una enumeración de políticos riojanos implicados en las organizaciones católico-agrarias en RUIZ ESCUDERO, A. “Religión, Patria, Tierra y Hogar. Esplendor y caída del catolicismo social agrario en La Rioja (1910-1928)”, en *Berceo*, 138, 2000, pp. 204-241.

²³ Vid. SAN FELIPE ADÁN, M. A. y CAÑAS DÍEZ, S., *Ibid.*

²⁴ *La Opinión*, 13 de febrero, 22 de febrero, 29 de marzo y 3 de mayo de 1903.

²⁵ CARR, R. *España 1808-1939*, Barcelona, Ariel, pp. 436-437.

²⁶ SAN FELIPE ADÁN, M. A. *El Obispo Fidel García (1880-1927)*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2008, p. 43 y ss.

²⁷ *La Opinión*, 13 de febrero y 12 de julio de 1903.

censuraban las críticas realizadas contra los patronos, cuando estos últimos “trabajan y sufren y devoran sinsabores sin cuento, en cuya comparación los vuestros son tortas y pan pintado”. Es decir, se preguntaban “¿por qué protestar contra la explotación del obrero por el patrono cuando estos son a veces los verdaderamente explotados?»²⁸. Por su parte, *El Socialista* señalaba con ironía:

“Los clericales de Calahorra, en vista de que los trabajadores van desertando de las filas de la Iglesia por haberse convencido de que su rendición económica no se hace a fuerza de bendiciones ni de hisopazos, han acordado tratar de la reconquista del perdido rebaño y han creado una liga, cuyo órgano en prensa se titula *El Compañero*, el cual dedica sus columnas ¡claro está! a combatir a los pícaros socialistas y a las sociedades de resistencia. Bien es verdad que para atraer a los obreros al redil católico preconiza las Cajas de ahorros para que éstos vayan depositando en ellas lo que les sobre de sus pingües jornales”²⁹.

Efectivamente la creación de círculos y sindicatos católicos se completaba en la estrategia de la Iglesia católica de impulsar las cajas de ahorro allí donde existieran Círculos Católicos.

3. ENFRENTAMIENTOS POLÍTICOS AL TRASLUZ DE LA RELIGIÓN. LOS EFECTOS DE LA CRISIS RELIGIOSA

El clima político en abril de 1903 se anunciaba tenso tras el fallecimiento de Sagasta y ello hizo que se abriera una guerra sucesoria y una disputa por el espacio político. Así en las elecciones de diputados se enfrentaron el liberal Tirso Rodríguez y el conservador calagurritano y prohombre católico Francisco Mancebo, uno de sus principales propietarios regionales. En la noche electoral y con motivo de las celebraciones por el triunfo, que finalmente fue para Rodríguez, se produjo un enfrentamiento entre partidarios de éste y de Mancebo, que se habían iniciado días antes pero que se recrudecieron tras la elección del primero, con acusacio-

nes “de trampas y chanchullos”. Entre los “¡vivas!” de los partidarios de Mancebo y los “¡vivas!” de los partidarios de Rodríguez, los grupos de personas “aumentaban poco a poco y al llegar a la plaza del Raso un numeroso grupo se situó en el centro de la plaza dando vivas a Mancebo (...) el grupo engrosaba por instantes, cuando el Sr. Irazábal acompañado de algunos concejales y los agentes de orden público apareció en medio de los grupos recomendándoles la calma, pero los vivas al Sr. Mancebo apagaban la voz de la primera autoridad”. Algunos líderes conservadores pedían calma, “pero las mujeres comenzaron a gritar ¡A casa de Mancebo! ¡Viva el hijo del pueblo! (...) Un pequeño grupo de mujeres había rodeado a D. Vidal Roqués en actitud tumultuosa; éste replegose hacia la puerta de la casa de D. José Ugarte y empuñando un revólver amenazaba con el arma a los manifestantes, un grupo de hombres que se encontraban en los Portales, al ver la actitud del Sr. Roqués disponíanse a la defensa cuando llegó oportunamente (...) el Sr. Redal, el cual sujetando el brazo de uno de ellos que ya empuñaba un revólver impidió quizá mayores males. Mientras algunas personas cerraban la puerta tras de la cual se parapetó el señor Roqués, otras consiguieron meter a los más excitados en la entrada de la casa de D. Agustín Iriarte”. Mientras “las autoridades y la guardia civil hacían grandes esfuerzos para aplacar los ánimos: las mujeres no dejaban de vitorear a Mancebo”, finalmente volvió la calma³⁰. Este episodio ilustra a la perfección las fuertes tensiones del comienzo del siglo y los intereses políticos contrapuestos en los que intervienen propietarios y conservadores, ya fueran liberales como el alcalde Irazábal, Ugarte o Roqués y conservadores como Mancebo, Iriarte o Redal³¹, sin olvidar que, en ocasiones, algunos pasaban de unas filas a otras³².

En 1904, con motivo de la celebración del 1º de mayo, se celebró en Calahorra un concurrido mitin en el salón de la “Gran Peña” amenizado por músicos llegados de la vecina ciudad de

²⁸ *El Compañero*, 6 de mayo de 1905.

²⁹ *El Socialista*, 22 de julio de 1904, y LACALZADA DE MATEO, M. J. *Ibid.*, p. 54.

³⁰ *La Opinión*, 3 de mayo de 1903.

³¹ LOPEZ RODRÍGUEZ, P. *Calahorra levítica y liberal*, Calahorra, Amigos de la Historia de Calahorra, 1997, pp. 69 y ss.

³² Vid. SAN FELIPE ADÁN, M. A. y CAÑAS DÍEZ, S., *Ibid.*

Azagra. En la pancarta que engalanaba el Centro Obrero podía leerse: “El porvenir es nuestro”; a la manifestación vespertina, que transcurrió desde el puente de la catedral, por la calle Mediavilla hasta el paseo del Mercadal, acudieron más de seiscientas personas y según *La Rioja* todo sucedió en perfecto orden hasta que a partir de las doce de la noche una enorme detonación sacudió el Centro Obrero. Fueron detenidos dos individuos, y los afectados señalaron como instigadores del atentado a personas pertenecientes al Círculo Católico³³.

En julio de 1909 y con motivo de los acontecimientos de la denominada la Semana Trágica de Barcelona hubo en Calahorra una revuelta que trascendió el ámbito local y que molestó sobremanera a las personas más pudientes de la ciudad. El alcance del suceso fue tal que el propio Ministerio de la Gobernación justificó la suspensión de los derechos constitucionales en los hechos ocurridos en Barcelona, Reus, Alcoy y Calahorra, al considerar que los instigadores trataban de impulsar un movimiento revolucionario de carácter sedicioso en toda España³⁴. El desencadenante fue la llamada a filas de los reservistas, lo que incrementó el descontento social, ya que éstos ya habían cubierto su período de reclutamiento obligatorio y la mayoría contaba ahora con familias a las que mantener. Sin olvidar que en esa época, podían librarse quienes pudieran hacer frente al pago en metálico de una cantidad que, por supuesto, dadas las condiciones sociales del momento, solamente los ricos podían afrontar. La revuelta se inició en la noche del 27 de julio cuando dos reservistas calagurritanos debían subir a un tren con destino a Zaragoza para incorporarse al regimiento de lanceros del rey³⁵. El tren que conducía a Barcelona a un regimiento proveniente de

Burgos, fue obstaculizado en su marcha “por un gran gentío que no bajaría de 3.000 personas – aproximadamente el 40-50% de la población total-, la mayoría o en su totalidad pertenecientes a la clase labriega. La multitud se opuso a la marcha del tren, desenganchando máquina y coches para que no se fuesen los soldados”³⁶. Para disuadir a la multitud fueron necesarios 281 disparos al aire. Finalmente, se produjeron daños en los cristales del convento de los Agustinos y en la casa de las Hermanitas de los Pobres”³⁷. Parecía que dentro de los conflictos sociales la Iglesia había ganado muchos enemigos entre el pueblo.

Según los datos aportados por la historiografía riojana un tercio de la población tenía un nivel bajo de religiosidad a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Aunque el proceso fue progresivo, para ilustrar esta idea es significativo saber que mientras en 1828 el cumplimiento pascual era unánime, descendió en un 57% para 1897. Generalmente, esta obligación religiosa era mucho menos seguida entre la población masculina que entre las mujeres³⁸. Además, por un testimonio fechado en 1902 por los misioneros que fueron a la zona montañosa conocida como los Cameros, al sur de la provincia, conocemos los principales rasgos de la baja religiosidad presentada por la población a su llegada: indiferencia, blasfemia, y no cumplimiento de fiestas ni de días festivos. Todo ello parecía responder a su poca formación religiosa. Así, aunque tras sus esfuerzos hicieron que pocos quedasen sin comulgar ni confesar, no dejan de reflejar “un cierto alarde de impiedad” entre mozos y hombres, y que tuvieron que ir casa por casa a buscar a las personas ya que no les hicieron recibimiento popular alguno. Incluso mostraron sorpresa ante una joven impía que aunque femenina y simpática había leído a Voltaire y Rousseau y que únicamente quería discutir sobre

³³ *La Rioja*, 3 y 4 de mayo de 1904. Archivo Municipal de Calahorra. Sociedad General de Obreros, 17 de mayo de 1904, sig. 1760/11. SAN FELIPE ADÁN, M. A. y CAÑAS DÍEZ, S. “Edad contemporánea”, CINCA, J. L. y GONZÁLEZ, R., *Historia de Calahorra*, Calahorra, Amigos de la Historia de Calahorra, 2011, p. 358, y BERMEJO MARTÍN, F., *100 años de socialismo en La Rioja*, Logroño, Partido Socialista Obrero Español, 1994, p. 57.

³⁴ *ABC*, 29 de julio de 1909.

³⁵ GIL ANDRÉS, C. “¡Abajo la guerra!. Repercusiones de la Semana Trágica de 1909 en Calahorra”, *Kalakorikos*, 3, 1998, pp. 127-138.

³⁶ GIL ANDRÉS, C. ¡Abajo la guerra!..., p. 131. Id, “Sobre faldas y pantalones: mujeres entre lo público y lo privado en la Calahorra Contemporánea”, *Kalakorikos*, 7, 2002, pp. 190-194. SAN FELIPE ADÁN, M. A Y CAÑAS DÍEZ, S. “Edad”..., pp. 350-351.

³⁷ GUTIÉRREZ ACHÚTEGUI, P., *Miscelánea de Calahorra*, en Archivo Municipal de Calahorra. Sig. 3034/2.

³⁸ SÁEZ DE OCÁRIZ, M., “El cumplimiento pascual en la ciudad de Logroño a lo largo del siglo XIX”, *Berceo*, 76, 1965, pp. 268-287.

materia religiosa con los misioneros antes que aceptar acríticamente sus enseñanzas³⁹.

Otros de los grandes efectos que a su vez pudieron ayudar a la pérdida de fe eran la humanización del clero, en tanto en cuanto a medida que avanzó y se consolidó la libertad de imprenta “ni dogmas, ni sacramentos, ni el culto, ni la disciplina, ni la jerarquía, ni el Papa, ni los obispos, ni los sacerdotes, están a cubierto de insinuaciones malévolas, de reticencias insidiosas, de manifiesta irreverencia, de ataques injustificados”⁴⁰.

CONCLUSIONES

Resulta evidente que el ascenso de la mentalidad obrerista en las localidades más pobladas e industriales, contribuyó sobremanera al descenso de las prácticas religiosas por su antagonismo político y social. La actitud social de la Iglesia y la tipología de sus sindicatos radicalizó todavía más esta tendencia por su vinculación con las clases dirigentes. Por otro lado, la intensa relación del feudo liberal y progresista riojano con hombres claves de este partido y famosos políticos nacionales como Olózaga y Sagasta, y la pugna entre éstos y las jerarquías eclesiásticas, hizo que buena parte de la población de tinte liberal y progresista se decantase por la completa separación entre Iglesia y Estado⁴¹. La actitud radicalmente hermética de la Iglesia no ayudó a buscar posiciones intermedias. Estos factores puede explicar el paulatino auge de los partidos republicanos y demócratas, con un claro carácter laicista, a la muerte de los diputados riojanos más conocidos.

La escasa formación política del clero ante la evolución ideológica de la época, hacía que generalmente la religiosidad latente estuviera progresivamente anticuada y tuviera muchos visos de dogmatismo teológico y poca ilustración filosófica. Lo suficiente, al menos, como para convencer a los sectores de población más

cultos y más politizados en clave liberal-progresista o socialista, quienes se iban mostrando progresivamente atraídos por las novedades políticas del siglo XIX. Mucho más entre las capas de población más humildes y jornaleras, que eran mayoritarias y sufrían más las consecuencias del cambio económico. Los obispos hicieron muchos esfuerzos por condenar tardíamente los calificados como errores modernos y sus efectos: panteísmo, liberalismo, socialismo, materialismo, libertad de culto, libertad de imprenta..., pero las pocas aunque importantes soluciones ofrecidas en positivo no llegaron a tener un éxito absoluto, sino parcial⁴². Cuando trataron de dar respuesta desde el catolicismo a las nuevas preguntas dadas por la modernidad, lo hicieron a través del catolicismo social, pero era tarde y además sus actuaciones fueron poco afortunadas en general. No llegando a cuajar definitivamente y disgregando las fuerzas más partidarias del catolicismo tradicional entre integristas, conservadores y pidelistas.

Por último, destaca la pobreza cultural del clero rural para adecuarse a los nuevos tiempos, abundando los textos moralizantes, las interpretaciones alegóricas de las nuevas filosofías no católicas o laicas, la añoranza del clima religioso tradicional, absolutista, y la apología más recalcitrante y obstinada de un tiempo idealizado que no iba a volver jamás. Por ejemplo, en 1879 el obispo predicó en la concatedral de Logroño contra las ideas socialistas, e incluso en 1889 el Canónigo Magistral de Santo Domingo, la otra sede diocesana, fue juzgado por condenar desde el púlpito el liberalismo político⁴³. Por otro lado, la crítica hacia las nuevas ideas políticas transformada en propaganda indirecta, contribuyó a que autores modernos como Proudhon, Comte y Marx, entrasen dosificados y mal entendidos entre la población que todavía se manifestaba totalmente católica según los esquemas del clero diocesano. La Rioja comenzaba a sentir en los albores del siglo XX de un modo contrastable el impacto de la moder-

³⁹ Ibid.

⁴⁰ BEOC, 31 de agosto de 1872.

⁴¹ Vid. CAÑAS DÍEZ, S., “La Iglesia frente a la reforma progresista en España: una mirada actual a un viejo y a un nuevo debate”, DELGADO IDARRETA, J. M., VIGUERA RUIZ, R., y SERRANO PÉREZ, J., (coord.), *Iglesia y Estado en la sociedad actual: política, cine y religión*, Logroño, IER, 2014, pp. 91-116.

⁴² Vid. CAÑAS DÍEZ, S., “Iglesia y movimiento obrero...”. Id. “Asociacionismo católico-riojano...”.

⁴³ ANÓNIMO, *Protesta del clero con motivo del procesamiento del Dr. D. Joaquín Linaje y Pineda, canónigo magistral de la S. I. Catedral de Sto. Domingo de la Calzada*, Santo Domingo de la Calzada, 1889.

nidad en la religiosidad tradicional, a medida que el clero se desacreditaba y la población se modernizaba paulatinamente.

Por todo ello parece razonable pensar que la modernidad que vino de la mano del liberalismo, más aún de sus efectos, consiguió que progresivamente la tradición católica fuera perdiendo importancia y que simultáneamente la Iglesia fuera amoldándose a los nuevos tiempos sin perder de vista su credo. De este modo, podemos hablar de la Iglesia como un débil factor de modernidad en la edad contemporánea –al menos en el periodo que hemos investigado– en tanto en cuanto su intento por volver en los primeros años del siglo XX a las antiguas tradiciones de los inicios del siglo XIX fracasó. Pero no por ello se deja de constatar su adaptación a las circunstancias para lograr defender sus intereses morales y materiales. Si bien fueron actitudes acomodaticias hechas en épocas posteriores las que explican su parcial fracaso, en tanto en cuanto comenzó a ser un factor importante de conflicto social y político en el siglo XX aunque su raíz fuera anterior, del siglo XIX, y no logró que la sociedad se amoldase a sus reglas, sí que logró mantener a un núcleo importante de población bajo su doctrina. A grandes rasgos podemos estimarlo en poco más de la mitad de la población total de la provincia. Un hecho que el propio proceso industrializador del territorio riojano, localizado en los escasos núcleos principales de población urbanos, ayudó a moderar al retrasar los efectos del capitalismo en el hábitat rural.